



27 de mayo de 1881

El pensamiento del cielo

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

En medio de los misterios que estamos celebrando, tenemos que hablar del cielo. No sé con qué frecuencia hablamos juntas de esto. Alguna vez tenemos que hablar de ello, porque lo que debe ocupar la vida religiosa es el deseo y el pensamiento del cielo.

Me detendré en estas palabras de nuestro Señor: *Les he dado la gloria que tú me has dado, para que sean uno como nosotros somos uno*¹. *Yo les he dado*: parece que ya se ha hecho; y, en efecto, como todas sabéis por la enseñanza del catecismo, la gracia es el principio de la gloria. La gloria no es otra cosa que la gracia en su plenitud y perfección, revelada en la eternidad. No puede revelarse en este mundo, y, sin embargo, la gracia, habiendo alcanzado su plenitud en un alma, se manifiesta aquí abajo.

Mirad a los santos; llevan en sí mismos un carácter visible y llamativo de santidad. Esto es lo que hemos visto en estos tiempos, en Pío IX y en otros. Esto es lo que San Francisco de Asís y San Francisco de Sales mostraron a sus contemporáneos. Nadie duda en afirmar que un hombre lleno del amor de Dios, lleno de caridad para con el prójimo, ya tiene algo de cielo para todos los que se le acercan.

¿Qué es, pues, el cielo? Es la unidad con Dios y, por medio de Dios, la unidad con todos los elegidos. *Les he dado la gloria que tú me has dado para que sean uno, como nosotros somos uno. Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti... Yo en ellos y tú en mí. Que su unidad sea perfecta*². Así es como nuestro Señor nos representa el cielo. En todas partes hay unidad, caridad perfecta.

En este mismo momento, los apóstoles acababan de ver a Nuestro Señor dejar este mundo para ir al cielo. Lo vieron con dolor, porque el Señor se separaba de ellos. Lo vieron con santa alegría, porque el Señor iba a prepararles un lugar en el reino de su Padre. En el fondo, el espíritu de la vida cristiana, cuando se entrega totalmente al Señor, es más un espíritu de alegría que un espíritu de tristeza.

Que la tristeza es propia de penitentes y pecadores es comprensible; pero en el fondo, el espíritu de los hijos de la Iglesia es un espíritu de alegría. El padre Faber dice en una de sus obras que consideraría poca cosa la vida espiritual de una persona que no fuera alegre, porque si el Espíritu Santo está en ella, si ama a Dios, si está unida a Dios, es una fuente de alegría que no puede secarse nunca.

Diría también que el deseo del cielo, la tendencia hacia el cielo, es una fuente de alegría que nunca debe secarse. Nos acercamos a él. Algunas estamos más cerca del final de la

¹ Jn 17, 22

² Jn 17, 22-23.

vida, otras están más lejos. Esa no es la cuestión: la gran pregunta es quién de vosotras está tan unida a Jesucristo, tan en la voluntad de Dios, tan dispuesta que, si Dios desprendiera el fruto del árbol, el fruto no tendría nada que lo detuviera en las llamas del purgatorio.

¿Quién de vosotras es tan perfecta en la caridad, en la humildad, en la ausencia de toda envidia, orgullo, resentimiento, contención, irritación, egoísmo, personalidad³, que nada le impide ir a Dios?

Después de ver a Nuestro Señor ascender al cielo, los apóstoles se retiraron al Cenáculo para orar. Este Cenáculo, esta vida apostólica, es exactamente el modelo de la vida religiosa. La oración, seguida del trabajo al servicio de Dios, es en lo que consiste exactamente la vida religiosa. A todos los apóstoles les tocaron años más o menos largos entre el momento en que vislumbraron el cielo y el momento en que se les dio la oportunidad de entrar en él: eran los años de la vida religiosa, años que debían emplear para amar más a Dios, para purificar sus corazones, para hacer un completo vaciamiento de sí mismos aquí abajo.

En los asuntos humanos, hay dos lados: por un lado, está *la ciudad de Dios, donde el amor a Dios se lleva hasta el desprecio de sí mismo*. Por otro lado, está el lado del mal, donde sólo existe *el amor a uno mismo, llevado hasta el desprecio de Dios y del prójimo*⁴. Nosotras, pobres criaturas, nos encontramos en un punto intermedio. Por desgracia, todavía tenemos mucho amor propio. Quién puede decirse a sí misma cuando entra en su interior: "Nunca hablo de mí misma, es un tema postergado, dejado de lado. Pienso muy poco en ello, o cuando lo hago es para ponerme en manos de Dios. Acepto las pruebas y el sufrimiento como expiación por mis faltas".

Una persona que no habla de sí misma, que no piensa en sí misma, que busca lo que agrada a los demás, siempre por amor a Dios, una persona así emplea bien la vida religiosa. Ahí está el secreto del cielo comenzado en la tierra. El cielo no sufrirá la menor sombra en la perfección del amor de Dios; no sufrirá la menor sombra en la caridad que unirá a todos los elegidos. Será la aniquilación de todos los lazos miserables que nos retienen en la estrechez de nuestra personalidad humana.

A veces he visto a personas que querían abandonar la vida, porque después de todo la vida es aburrida, y hay humillaciones, pruebas y sufrimientos. ¡Cuánto mejor sería, hermanas mías, pasar toda la vida de tal manera que no hubiera que pasar por el purgatorio cuando uno deja este mundo!

He visto a otras personas que tenían miedo de morir, porque pensaban en todo lo que debían a Dios, y que, después de todo, dejar este mundo donde no estaban demasiado mal, para ir al purgatorio, les parecía un cambio terrible. ¡Qué locura es ésa, hermanas mías! Es tan fácil para nosotras hacer lo que Dios nos pide, avanzar en el amor de Dios, hacer de todo sufrimiento, de todo desprecio, de todo abajamiento, un purgatorio que será muy agradable a Dios y que, por duro que sea, no se parecerá en nada al purgatorio de la otra vida.

Por tanto, la gran cuestión no es si Dios nos llama antes o después. Eso se lo dejamos enteramente a Él. Está regulado por su sabiduría, y no tenemos que entrar en los consejos de la Santísima Trinidad, que es la única que sabe el momento que ha elegido para retirarnos de este mundo. Pero sin anticiparnos ni preocuparnos, debemos procurar no desperdiciar ni un día ni una hora, ni siquiera una hora de impotencia: Dios no nos pide que actuemos, nos pide que amemos, que nos abandonemos, que seamos uno con Él, uno con el prójimo. Si podemos trabajar, trabajemos. Si no podemos trabajar, apliquémonos

³ "Personalidad": palabra empleada por madre María Eugenia en un sentido peyorativo.

⁴ *La ciudad de Dios*, Libro XIV, capítulo XXVIII.

a amar a Dios, a cumplir su santa voluntad, que es, al fin y al cabo, todo el cielo, toda la eternidad.

Los bienaventurados encuentran su alegría en hacer la voluntad de Dios; la aman, la hacen, viven de esta voluntad divina. Nuestro Señor nos lo enseñó cuando nos enseñó a decir: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*⁵. El cielo es la perfección de esta santa voluntad. Para encontrar el cielo en la tierra, Nuestro Señor invita a sus elegidos a buscar la perfección de la voluntad divina, la perfección de la vida de su reinado aquí en la tierra, la perfección de esa virtud que tanto recomendó, la santa humildad, que nos reduce y nos humilla, para prepararnos a las alegrías eternas.

Mientras pensáis en todo esto, hermanas mías, pensad también en la felicidad que nos espera cuando veamos a Jesucristo, Dios y hombre juntos, y toda la gloria de la Santísima Trinidad. Pensad en la dicha que tendremos al contemplar a la Santísima Virgen, esta maravilla de la gracia de Dios, esta criatura puramente criatura, pero tan excelsa, tan dulce, tan santa, tan poderosa, que ella sola casi sería el cielo, si pudiéramos contemplarla y verla. Pensad cuán dichosas seremos de sentirnos conformes con Dios, de estar unidas a Él, de serle agradables, de ser hijas de su casa, de ser sus esposas, poseyéndole para siempre sin temor de perderle.

Esto es lo que debemos tener a menudo ante los ojos, para ayudarnos y sostenernos en los esfuerzos que tendremos que hacer en esta vida. Sólo podremos entrar en el cielo si nos lo hemos ganado; pues es a los victoriosos a quienes pertenece la recompensa. Pero si somos fieles, también nosotros recibiremos un día la corona que los santos y los apóstoles se han ganado con tanto dolor y trabajo.

⁵ Mt 6, 10.